

UNA PELEA EN EL ALTILLO

Por *Roselyn Edwards*

SANDRA ayudó a la mamá a alisar el cubrecama azul. La cama adicional que había en el cuarto de Sandra estaba lista para su amiga. En esa oportunidad Norma no quedaría solamente una noche, sino seis noches seguidas, porque sus padres tenían que ausentarse por una semana.

A Sandra le resultaba muy agradable tener compañía para ir a la escuela. Le encantaba la idea de abrir dos bolsitas idénticas a mediodía cuando comieran su merienda en la escuela, gozar luego de la compañía de Norma cuando regresaran a casa, y, por añadidura, compartir el cuarto con su mejor amiga.

-Qué lindo sería que fuéramos hermanas y pudiéramos vivir siempre en la misma casa -dijo Sandra.

-Eso sería formidable -estuvo de acuerdo Norma.

El sábado de mañana se alistaron para ir juntas a la escuela sabática y a la iglesia. El domingo de mañana, cuando se despertaron, se sintieron muy felices porque tenían por delante todo un día para jugar juntas.

-Con todo, no podemos jugar afuera -observó Norma-. Mira cómo está el tiempo.

Era un día gris, lloviznaba y nevaba un poco. Se oía un sonido como de astillas de hielo que se quebraran contra los vidrios de la ventana.

-Yo sé lo que podemos hacer -dijo Sandra-. Subir al altillo y jugar con las muñecas de papel. Allí tenemos mucho lugar para extender nuestras familias de papel sobre los baúles y las cajas. Cerca de la chimenea hay un lindo rincón calentito para jugar a que tenemos una escuela o un hospital de muñecas. Sandra y Norma habían jugado juntas con muñecas de papel desde que eran muy pequeñas, aún antes de que fueran a la escuela. Había ciertas cosas que siempre las hacían de la misma forma, ya fuera que jugaran en el subsuelo o sótano de la casa de Norma, o en el altillo de la casa de Sandra.

Cada una de ellas tenía sus muñecas de papel guardadas en una caja resistente, de modo que podían llevarlas de una casa a otra, y viceversa. Detrás de cada una de las muñecas de papel estaba el nombre de la muñeca y el de la dueña, y en esa forma nunca se les mezclaban.

Cuando comenzaban a jugar juntas, siempre extendían las muñecas de papel en una hilera sobre el piso. Luego se turnaban para elegir las muñecas con las cuales jugaría cada una. El día que jugaban en la casa de Norma, Sandra era la primera que elegía porque era la visita. Cuando lo hacían en la casa de Sandra, Norma era la primera.

Ese domingo de mañana a Norma le tocó elegir primero y escogió a la "Srta. Campanilla Azul". La Srta. Campanilla Azul era la muñeca que más les gustaba a ambas niñas. En realidad era de Norma, pero como siempre compartían sus muñecas y se turnaban para elegir las, Sandra jugaba con ella casi tanto como Norma. Era una hermosa muñeca rubia con grandes ojos azules. Tenía una gran colección de vestidos de papel. Hasta tenía un uniforme de enfermera. Si jugaban al hospital con las muñecas, la Srta. Campanilla Azul era la enfermera jefa. Y si jugaban a la escuela, la Srta. Campanilla Azul era la maestra. La niña que la escogía tenía que hablar por ella como maestra o como enfermera.

-Yo tomaré al Sr. Daniel -dijo Sandra. El Sr. Daniel era el más apuesto caballero entre todos los muñecos de papel.

-Y yo tomaré a Bárbara -anunció Norma, extendiendo la mano para tomar una muñeca de cartón.

-Yo elijo a Luisa -dijo Sandra.

Cuando ya se habían repartido todas las muñecas de papel, cada niña arregló por familias, en un lado del altillo, las que había elegido. Entonces las muñecas comenzaron a actuar. Ese domingo de mañana



la Srta. Campanilla Azul sería la maestra y todos los muñequitos y muñequitas de papel irían a la escuela. Las muñecas que hacían de mamá se quedaban en la casa, lavaban los platos y tendían las camas, y los muñecos que hacían de papá se iban a trabajar. Muchos de los que hacían de papá entre las muñecas habían sido recortados de catálogos y pegados luego sobre cartón, porque en los juegos de muñecas que habían comprado, casi no había hombres.

La mañana pasó volando y antes de que se dieran cuenta, el almuerzo estaba sobre la mesa. Después de la comida las niñas secaron los platos y luego se dirigieron de nuevo al altillo.

-Elijamos de nuevo las muñecas y juguemos esta tarde al hospital -sugirió Sandra.

-Muy bien -estuvo de acuerdo Norma, Y comenzó a poner en hilera las muñecas sobre el suelo para que luego cada una pudiera hacer su elección. Cuando todas estuvieron alineadas, les echó una mirada.

-Yo elijo a a Srta. Campanilla Azul -dijo.

-Eso no es justo -objetó Sandra-. Esta mañana tú la elegiste.

-Bueno, cuando yo elijo primero significa que puedo elegir; ¿no es así?

-Pero esta tarde yo la quiero. No es justo que tú siempre elijas primero siendo que vas a estar aquí toda la semana.

-Pero esta muñeca es mía y yo soy la visita aun cuando esté toda la semana en tu casa. La visita siempre elige primero.

Sandra no tenía la intención de discutir con su mejor amiga; pero antes de que se dieran cuenta estaban peleando y en realidad se estaban gritando una a otra.

-Ojalá no estuvieras aquí -gritó finalmente Sandra-. ¿Por qué no te vas a tu casa? Yo no quiero que estés más en mi casa.

Al oír eso, los ojos de Norma se llenaron de lágrimas. Tiró las muñecas de papel que tenía en la mano, se dio vuelta y salió sin decir palabra.

Sandra recogió lentamente todas las muñecas de papel y las guardó en sus respectivas cajas. Le pesó mucho lo que le había dicho a Norma. Se propuso entonces seguir a Norma para decirle cuánto sentía lo que había hecho.

Cuando terminó de guardar las muñecas, bajó del altillo y comenzó a buscar a su amiga, pero Norma no estaba en el dormitorio. Sandra fue a la sala, pero Norma no estaba allí. Fue entonces a la cocina, donde la mamá estaba horneando galletitas, pero allí no había ni rastros de Norma.

-¿Dónde está Norma? -preguntó Sandra.

-¿No estaba contigo? -le preguntó a su vez la mamá, mirándola-. ¿Tuvieron una pelea?

Sandra bajó la cabeza.

-Sí... Pero quiero decirle que siento mucho lo que le dije.

La mamá y Sandra registraron toda la casa. No pudieron encontrar a Norma por ninguna parte.

-Fíjate si su abrigo está en el guardarropas del vestíbulo -dijo la mamá. ¡El abrigo había desaparecido!

Cuando el papá llegó a la casa, él y Sandra recorrieron las calles de alrededor, pero tampoco encontraron a Norma. Finalmente el papá detuvo el automóvil en el camino de entrada de su propia casa y, volviéndose a Sandra, solemnemente le dijo:

-Esto es bastante serio. Nosotros somos responsables por Norma hasta que sus padres regresen y piensa qué terrible sería que le sucediera algo. Ahora quiero que me digas exactamente qué fue lo que le dijiste a Norma que la indujo a abandonar el altillo.

-Bueno... -Sandra no estaba dispuesta a contar. Al recordar sus propias palabras, aun a ella misma le parecían terribles.

-Continúa -dijo el papá-. Esto es sumamente importante.

-Creo que le dije que quería que ella se fuera a la casa -admitió Sandra.

¿crees?

-Yo... yo estoy segura que eso fue lo que dije.

-Entonces, vayamos a su casa.

El papá estacionó el automóvil en el camino de entrada de la casa de Norma, se apeó y trató de abrir la puerta del frente. Estaba cerrada con llave. Fue luego a la puerta de entrada del costado, que daba al garaje. Tampoco pudo abrirla.

Sacudió la cabeza y comenzó a regresar al automóvil. Luego vaciló y regresó para mirar detrás del garaje. Sandra no pudo aguantar por más tiempo. Bajó del automóvil y siguió al papá.

Dio vuelta a la esquina de la casa precisamente a tiempo para escuchar al papá cuando decía:

-¡Hola!, ¿qué significa esto?

Norma estaba acurrucada en un rincón donde el garaje se unía con la casa. Tenía la cabeza entre las rodillas y estaba tiritando de frío, y sollozando.

-Norma -exclamó Sandra-, siento mucho lo que dije. Yo quiero que estés en mi casa. Perdóname por lo que te dije. No quise decirte que te fueras a tu casa -y Sandra también comenzó a llorar.

-Te llevaré al automóvil- dijo el papá a Norma-. Te llevaremos a nuestra casa y te pondremos en la bañera con agua calentita. Espero que no te enfermes por haberte mojado y enfriado

-Yo también lo siento- dijo Norma cuando pudo hablar-. Debiera haber permitido que tú también jugaras parte del tiempo con la Srta. Campanilla Azul.

Cuando Norma entró en calor, las niñas esparcieron de nuevo las muñecas de papel en el dormitorio. Esta vez jugaron tan pacíficamente como de costumbre Cuando Sandra se siente tentada a decirle palabras hirientes a una amiga enseguida recuerda aquel día frío y lluvioso, y no lo hace.